

MEDITACIÓN 9  
MOMENTO EXTRAORDINARIO DE ORACIÓN EN TIEMPO DE EPIDEMIA

A photograph showing the back of a man's head and shoulders. He is wearing a white, dome-shaped cap with a small tuft on top and a white collared shirt. The background is a solid, light blue color. The man's hair is grey and short. The lighting is soft, highlighting the texture of the cap and shirt.

**¿Por qué tienen  
MIEDO?**

S.S. FRANCISCO



Al llegar la noche, Jesús dijo a sus discípulos:

— Crucemos a la otra orilla.

Ellos dejaron la gente y se lo llevaron, tal como estaba, en la barca, aunque había otras barcas con él. Se produjo, entonces, una fuerte tormenta de viento: las olas se abalanzaban dentro de la barca hasta casi llenarla. Él se puso en la popa, sobre el cabezal, y se durmió.

Los discípulos lo despertaron diciéndole:

— Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?

Él se despertó, increpó al viento y dijo al mar:

— ¡Silencio, quédate callado!

El viento se calmó y sobrevino una gran bonanza.

Él les dijo:

— ¿Por qué tienen miedo? ¿Aún no tienen fe?

Los llenó un gran temor y se decían unos a otros:

— ¿Quién es éste, que hasta el viento el mar le obedecen?»

(Marcos 4, 35-41)



Ha llegado la noche” (Marcos 4,35). Así comienza el Evangelio que hemos escuchado. Durante semanas parece que ha caído la tarde. La densa oscuridad se ha espesado en nuestras plazas, calles y ciudades; se apoderaron de nuestras vidas llenándolo todo con un silencio ensordecedor y un vacío desolado, que paraliza todo a su paso: puedes sentirlo en el aire, puedes sentirlo en tus gestos, dicen las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en el mismo bote, todos frágiles y desorientados, pero al mismo tiempo importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos con la necesidad de consolarnos mutuamente. En este barco estamos todos. Como esos discípulos que hablan con una sola voz y con angustia decimos: “Estamos perdidos.”

Es fácil encontrarnos en esta historia. Lo que es difícil es entender la actitud de Jesús: mientras los discípulos están naturalmente alarmados y desesperados, Él se para en la popa, justo en la parte del bote que primero baja al fondo. Y, ¿qué hace? A pesar del ajetreo y el bullicio, duerme pacíficamente, confiado en el Padre. Es la única vez que vemos a Jesús durmiendo en el Evangelio. Cuando se despierta, después de calmar el viento y las aguas, se vuelve hacia los discípulos en tono de reproche y les dice: “¿Por qué tienen miedo? ¿Todavía no tienen fe?”.

Tratemos de entenderlo. ¿Cuál es la falta de fe de los discípulos, que se opone a la confianza de Jesús? No habían dejado de creer en Él, de hecho lo invocan. Pero veamos cómo lo invocan: “Maestro, ¿no te importa que estemos perdidos?”. “No te importa”. Piensan que a Jesús no le importan, que ellos no le importan. Entre nosotros, en nuestras familias, una de las cosas que más duele es cuando nos escuchamos decir: “¡No te preocupas por mí!” ¡No te importo!”. Es una frase que duele y desata tormentas en el corazón. También habrá sacudido a Jesús, porque a nadie le importan más que a Él. De hecho, una vez invocado, salva a sus descorazonados discípulos.

La tormenta desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas certezas falsas y superfluas con las que hemos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, nuestros hábitos y prioridades. Nos muestra cómo nos hemos quedado dormidos y cómo hemos abandonado lo que nutre, apoya y fortalece nuestra vida y nuestra comunidad. La tormenta descubrió todas las intenciones de empacar y olvidar lo que alimentaba el alma de nuestros pueblos; todos esos

intentos de anestesiar con hábitos aparentemente salvadores, incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros mayores, privándonos de la inmunidad necesaria para enfrentar la adversidad. Con la tormenta, el truco de esos estereotipos con los que enmascaramos nuestros egos siempre preocupados por su imagen, ha caído; y una vez más, esa pertenencia común —benedicida— a la que no podemos escapar, ha permanecido descubierta: pertenecer como hermanos.

“¿Por qué tienen miedo? ¿Todavía no tienen fe?”. Señor, tu Palabra nos afecta esta noche y nos afecta a todos. En este mundo nuestro, que amas más que nosotros, hemos avanzado a toda velocidad, sintiéndonos fuertes y capaces de todo. Codiciosos de lucro, nos dejamos absorber por las cosas y nos confundimos por la prisa. No nos hemos detenido frente a tus llamadas, no nos hemos despertado frente a guerras planetarias e injusticias, no hemos escuchado el grito de los pobres ni el de nuestro planeta gravemente enfermo. Continuamos imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo. Ahora, mientras estamos en mares agitados, te imploramos: “¡Despierta Señor!”.

“¿Por qué tienen miedo? ¿Todavía no tienen fe?”. Señor, Tú apelas a nosotros, una apelación a nuestra fe. Fe que no es tanto creer que existes, sino acercarse a Ti y confiar en Ti. En esta Cuaresma resuena tu llamada urgente: “Conviértanse”, “regresen a mí con todo su corazón.” Nos llamas para tomar este tiempo de prueba como un momento de elección. No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir lo que importa y lo que ha de pasar, para separar lo que es necesario de lo que no lo es. Es hora de restablecer el curso de la vida hacia Ti, Señor, y hacia los demás.

Ahora podemos mirar a muchos compañeros de viaje ejemplares, que, con miedo, han reaccionado dando sus vidas. Es la fuerza del trabajo del Espíritu derramado y moldeado en la dedicación valiente y generosa de muchos. Es la vida del Espíritu capaz de redimir, mejorar y mostrar cómo nuestras vidas están entretejidas y apoyadas por personas comunes, generalmente olvidadas, que no aparecen en los titulares de periódicos y revistas o en las grandes pasarelas del último

espectáculo. Pero, sin lugar a dudas, los acontecimientos decisivos de nuestra historia están siendo escritos hoy por médicos, enfermeras y enfermeros, trabajadores de supermercados, limpiadores, cuidadores, transportistas, agentes de la ley, voluntarios, sacerdotes, religiosos y muchos, pero muchos otros que nos dicen que nadie se salva a sí mismo. Ante el sufrimiento, donde se mide el verdadero desarrollo de nuestros pueblos, descubrimos y experimentamos la oración sacerdotal de Jesús: “que todos sean uno” (Juan 17,21). ¡Cuántas personas ejercen paciencia e infunden esperanza todos los días, cuidándose de no sembrar pánico, sino de animar la corresponsabilidad! ¡Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, maestros, muestran a nuestros hijos, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y atravesar una crisis adaptando hábitos, levantando los ojos y estimulando la oración! ¡Cuántas personas rezan, se ofrecen e interceden por el bien de todos! Oración y servicio silencioso: estas son nuestras armas ganadoras.

“¿Por qué tienen miedo? ¿Todavía no tienen fe?”. El comienzo de la fe es saber que necesitamos salvación. No somos autosuficientes. No podemos solos. Solos nos hundimos. Necesitamos al Señor como los antiguos marineros necesitaban de las estrellas. Invitemos a Jesús a los botes de nuestras vidas. Permitámonos darle nuestros temores, para que Él los venza. Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no hay naufragio. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir todo lo que nos sucede en cosas buenas, incluso las malas. Él trae paz en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere.

El Señor nos desafía y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y activar la solidaridad y la esperanza capaces de dar solidez, apoyo y sentido a estas horas en las que todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y revivir nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su cruz hemos sido redimidos. Tenemos una esperanza: en su cruz hemos sido sanados y abrazados para que nada ni nadie nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento en el que estamos sufriendo la falta de afectos y encuentros, experimentando la falta de muchas cosas, escuchamos una vez más el anuncio que nos salva: “¡ha resucitado y vive a nuestro lado!” El Señor nos desafía desde su cruz para encontrar

la vida que nos espera, mirar hacia quienes nos necesitan, fortalecer, reconocer y alentar la gracia que vive en nosotros. No apaguemos la llama moribunda, la cual nunca se enferma. Deja que la esperanza se reavive.

Abrazar la cruz significa encontrar el coraje para abrazar todas las contrariedades de la actualidad, abandonando por un momento nuestra ansiedad por la omnipotencia y por la posesión, para dar espacio a la creatividad que sólo el Espíritu es capaz de despertar. Significa encontrar el valor para abrir espacios donde todos puedan sentirse llamados y permitir nuevas formas de hospitalidad, fraternidad y solidaridad. En su cruz fuimos salvados para dar la bienvenida a la esperanza y dejarla fortalecer y apoyar todas las medidas y formas posibles que pueden ayudarnos a mantenernos a salvo y seguros. Abracemos al Señor para abrazar la esperanza: aquí está la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza.

“¿Por qué tienen miedo? ¿Todavía no tienen fe?”. Queridos hermanos y hermanas, desde este lugar, que habla sobre la fe rocosa de Pedro, esta noche me gustaría confiarlos a todos al Señor, a través de la intercesión de Nuestra Señora, la salud de su pueblo, estrella del mar tempestuoso. Desde esta columnata que abraza a Roma y al mundo, la bendición de Dios desciende sobre todos como un abrazo consolador: Señor, bendice al mundo, da salud a los cuerpos y consuela los corazones. Nos pides que no tengamos miedo. Pero nuestra fe es débil y tenemos miedo. Mas Tú, Señor, no nos dejes a merced de la tormenta. Repite de nuevo: “¡No tengan miedo!”. Y nosotros, junto con Pedro te diremos que “arrojamos toda preocupación en Ti, porque Tú nos cuidas.” (cfr. 1 Pedro 5,7).

Roma, 27 de marzo de 2020.



®

Orden Religiosa de las Escuelas Pías

**ESCOLAPIOS NAZARET**

"Educación en Piedad y Letras"